

Julio Mendivil

La mujer soñada

No sé si deba referirme a ello como a un hecho real o a algo ficticio. A veces la realidad escapa a nuestras capacidades sensoriales y, por otra parte, la fantasía suele estar compuesta de pequeños trozos de realidad, ¿qué otra cosa son sino los sueños, los deseos, las pasiones? Así que si mi historia no es real, si por desgracia no lo fuese, pido, acaso como paliativo a esta terrible soledad que ahora me desgarras, se me conceda referirme a ella en los términos en que creo haberla vivido y no en aquellos que la razón demanda.

Por esos días revolvía folios en la Oficina de Asuntos Bibliográficos de la Biblioteca Nacional. Había ido a parar allí debido a una serie de publicaciones que preparaba la Municipalidad con motivo del cuarto centenario de la fundación de Lima. La Secretaría de Cultura había iniciado la publicación de una Biblioteca Popular que, empezando por las primeras obras impresas en tierras andinas, debía recorrer el desarrollo de la literatura peruana hasta nuestros días. Entre las obras por publicarse se encontraba el *Tratado y averiguación sobre los errores y supersticiones de los indios* del licenciado Polo de

Ondegardo. La idea era hacer una edición crítica tomando como base las concordancias que mostraba la edición de 1584¹ con un manuscrito —uno de los tantos que circularon en Lima desde 1567—, el cual había sido ubicado por un bibliófilo en el catálogo de la oficina. Para ser realista, “ubicado en el catálogo” quería decir arrumado en algún sitio, entre centenares de pliegos. El lector avezado podrá inquirir que un requisito indispensable para dicha publicación era la previa ubicación del manuscrito y sospechará igualmente que un decano como el doctor Ramírez de Lazo, encargado de la edición, no disponía ni de tiempo ni de ganas de tragar polvo de libros, por más antiguos que estos fueran. Podrá adivinar, entonces, que fue esa típica aversión del letrado al trabajo jornalero lo que llevó a Ramírez a delegarme la búsqueda del documento.

Yo había dedicado mis últimos años universitarios al estudio de las interferencias del quechua en el castellano desde su intromisión en la literatura escrita; gozaba de un relativo prestigio entre mis maestros y condiscípulos, tenía trabajo, pero accedí a suministrar mano de obra barata a cambio de establecer contactos que permitieran facilitar mi inserción en el hermético mundo académico. Con sinceridad, otro móvil escondía mi empresa: el de apaciguar las llagas ocasionadas por musas peores que la de Garcilaso. Fue así que pronto me vi en la Biblioteca revisando viejos folios que, a pesar de todos mis esfuerzos, no lograban despertar en mí interés alguno. ¿A quién diablos puede importarle que el “modo de matar cualquier res chica, ó

1 Se trata de la versión incluida como apéndice en el *Confesionario para curas de Indios*, primer libro impreso en el Perú y publicado en 1584 por el Concilio Provincial de Lima.

grande que usaban los Indios”, era sumamente parecido al alquibe de los moros? ¿O la interminable toponimia indígena que no olvidaba ni el más insignificante arroyo? En fin, no necesito recurrir a más citas ni al *Eclesiastés* para afirmar que trabajo y diversión no siempre van de la mano.

La oficina constaba de dos espacios rectangulares: una sala de lectura con seis mesas dispuestas en dos hileras y paredes flanqueadas con libreros y un depósito —bastante tético, por cierto—, en el cual se embadurnaban de moho viejos manuscritos y muebles en desuso. Para suerte mía la Oficina era atendida por el encargado de la musicoteca, un tipo algo vulgar que andaba casi siempre atareado, tratando de atender a colegialas confundidas y a aprendices de compositores, de modo que yo gozaba de tranquilidad absoluta para realizar mis pesquisas bibliográficas. Por supuesto, no ignoraba que en aquella sala se encontraban también los originales de los primeros diccionarios quechua-español como los de Santo Tomás, González Holguín o Torres Rubio; así que, más temprano que tarde, terminé ojeando tales joyas y dedicándome solo parcialmente a la concertada búsqueda.

¡Oh, el mundo ubérrimo de los vocabularios! Revisar uno de esos volúmenes es como recorrer la historia de la conversión de los indios, pues al híbrido teológico, tuvo que anteceder, necesariamente, el lingüístico. Ardua tarea debió haber sido aquella. Los curas españoles tuvieron que traducir una larga amalgama de preceptos religiosos inexistentes en la otra lengua: *Quimça Dios pacascancaynin*², *Caymi Dios*, *caymi cruz*³ aprendieron a decir los indios obedientemente, guiados

2 *Quimça Dios pacascancaynin*: las tres personas divinas.

3 *Caymi Dios*, *Caymi cruz*: ¡Por dios, por la cruz!

por el derrotero espiritual venido de la península. Siglos después el etnólogo debe recorrer el camino inverso para rescatar el quechua precolonial; debe sumergirse en un océano de voces desarticuladas en donde las palabras son los hilos a partir de los cuales se teje el pensamiento indígena no escrito. Soñar, por ejemplo, es *muzcuy*, pesadilla es, en cambio, *llapi llapimuzcuy*. *Llapini*, según González Holguín, significa “apretar quebrantar con los dedos, o estrujar despechurrar”; *llapik cupay* significa duende, lo que coincide, increíblemente, con la creencia medieval sajona de que los sueños eran ocasionados por los elfos, pequeños hombrecillos que acostumbraban oprimir el pecho de los durmientes. De ese modo uno va reconstruyendo secuencias de pensamiento en base a las asociaciones, como si se tratara de ordenar un rompecabezas en el cual las piezas son palabras.

Esa mañana me entretenía el *Vocabulario* de Torres Rubio cuando advertí que alguien me observaba. Sin despegar la vista de mi lectura distinguí una silueta en una de las mesas de la sala. Vacilé unos segundos y cerré bruscamente el volumen; me levanté, traté de no topar con la mirada del visitante y me dirigí rápidamente al librero haciendo ademanes, como si buscara algún texto. Mientras recorría los lomos de los libros, reflexioné: evidentemente, mi reacción había sido tonta. Aquella persona no tenía por qué saber qué hacía yo en la Oficina y, mucho menos, que me sorprendía haciendo algo indebido ¿qué podía haber de sospechoso en revisar originales en una sección reservada a investigadores? No tenía por qué preocuparme. Volví a mi asiento y continué con mi “trabajo”. Sólo entonces me percaté de que mi acompañante era una mujer. Se había sentado frente a mí y revisaba algún lega-

jo que ocupaba buena parte de la mesa. No presté mayor atención al hecho y hasta donde recuerdo, el resto de la jornada transcurrió sin percance alguno. Al día siguiente, muy temprano, me sorprendió la presencia de la intrusa: “Ya desaparecerá”, pensé, pero a medida que pasaron los días y su presencia fue transformando el lúgubre paisaje de la Oficina en un subitáneo bosque de miedos e incertidumbres, empecé a intranquilizarme y a temer que se tratara de una enviada de Ramírez, ¿qué otra razón podía tener esa mujer para espíarme? Porque me espíaba. O al menos eso creía yo. ¿No la delataba su mirada inquisidora, sus ojos convocándome, como cuando un padre mira al hijo reprendido? ¿O era acaso la energía intrínseca que irradiaba su ser lo que me obligaba a no ignorarla? Fuese lo que fuese, esa mujer estaba ahí atrayéndome con un magnetismo apenas comparable al que despiden los peligros letales o los conjuros terribles que pueblan las historias tenebrosas. Y ya se sabe que ambos suelen ser ineludibles... como la *empresa loca* del amor.

Las tardes en Lima son tristes una vez ido el verano. La llovizna invade el aire que se respira y la humedad pegotea el polvo a las fachadas de las casas a medio derruir. Las tardes en la oficina al lado de esa mujer fueron acaso más tristes que las externas, grises y solitarias, de las cuales el encierro me libraba. Topé sus ojos una tarde de sorpresivo sol y, desde el preciso momento en que nuestras miradas se cruzaron, supe que mi vida estaría irremediabilmente unida a la suya. ¿Qué puedo decir? Ignoro cuánto tiempo transcurrió sin que me atreviera a hablarle. Sólo sé que fue un tiempo enorme y confuso, un tiempo poblado de inmensos temores y vacíos. Y si hubo entonces algo más grande que mi amor a ella, fue mi cobardía.

Decidí hablarle un martes de luz exangüe y esporádicas garúas:

—Ingrata pasión la lectura —le dije.

—Las pasiones siempre son ingratas —me respondió secamente.

—Pero, más que la nuestra, ninguna. Uno se quema las pestañas aquí para la gente allá afuera. Y ellos: bien, gracias.

—¿Para la gente allá afuera? —interrogó y pude adivinar el sarcasmo en el tono impostado de su voz—. Sería como entregarles “un libro sellado, el cual, si se lo dieran al que sabe leer, y le dijeran: lee esto, diría: no puedo, porque está sellado. Y si lo dieran al que no sabe leer, diciéndole: lee ahora esto, diría: no sé leer.”

Era un versículo de Isaías y una advertencia. No tuve tiempo para desconfiar de sus palabras. Ella sonrió y su sonrisa iluminó la penumbra de la oficina, infundándole un nuevo brío a las cosas. Yo le extendí mi tarjeta; la recorrió lentamente y contuvo la risa:

—Yo... me llamo... —titubeó unos segundos, dirigiendo suavemente su mirada hacia mí como cuando las mujeres dudan en dar su número a un desconocido—. Me llamo... Astarté...

Volvió a iluminar su rostro una sonrisa y yo me infundí valor. Por buscar conversación recurrí al manuscrito que yacía sobre la mesa. Era un original de folios sueltos en caligrafía del siglo XVI.

—¡Caramba! —intenté bromear—. ¡Paleografía pura!

—Solo literatura —me corrigió, mirándome fijamente a los ojos—. Peor sería leer diccionarios ¿no crees?

Yo sentí que debía justificarme:

—Estrictas razones de trabajo —aduje—. Amo la poesía, pero nadie me pagaría un medio en este país por leer a Baudelaire o a Hölderlin.

—Hablemos de literatura quechua entonces —sugirió sentándose sobre la mesa y fingiendo atención.

—Por mí, bien podríamos empezar con *Las Metamorfosis* y terminar con *El llanto por la muerte de Atabualpa...*

La poesía nos retuvo hasta que la escasa luz empezó a debilitarse y comprendí que me había retrasado. Corrí a mi cita con Ramírez. Durante nuestra charla —yo debía informarle semanalmente sobre los avances de mi trabajo—, me percaté de que, con el apuro, había olvidado preguntar su dirección a Astarté. Me asaltó el pánico: ¿y si no volvía a la oficina? ¿Cómo buscar a una mujer desconocida en una ciudad de siete millones de habitantes? ¿Dónde buscarla? O mejor dicho, ¿por dónde empezar la búsqueda? Desesperé en vano. A la mañana siguiente, puntual, me esperaba.

—Temí no encontrarte hoy —confesé, aliviado al verla—. ¿Me dejas tu dirección?

—No la necesitas. Ya sabes dónde encontrarme.

—¿Dónde?

—Aquí, tonto —ironizó.

Y mostrándome el manuscrito añadió:

—¿O crees que voy a leer este bodoque en un abrir y cerrar de ojos?

Permítame aquí el lector una pequeña reflexión. El hombre movido por el escarceo amoroso, si este posee la inseguridad propia del saberse feo, sabe, al principio al menos, contentarse con poco. ¿Qué importaba si aquí o allá entonces? Me importaba verla. Otrosí, la inteligencia no resulta gran atributo en las artes amatorias. La mujer —al menos la trivial, que es la que más abunda—, suele preferir el hombre deportivo al de charla retórica o filosófica. El intelectual, en cambio, no ha podido renunciar a la belleza para elegir a su Beatriz en este

reino. Astarté, para suerte mía, reunía el cielo y el infierno, si se entiende en estos la dimensión espacial de la frivolidad y la razón. Alguna magia despedían sus palabras. Escucharla era recorrer ciudades extinguidas en el tiempo, abandonados templos, grutas serpenteantes, recónditos senderos bordeados de acacias y arcos de enredaderas sobre los que la noche derramaba su llanto de ébano: Cada letra un paso; cada palabra un camino, un país dotado de nuevas palabras que abrían asimismo nuevos caminos, en los que me encontraba yo nuevamente presa del deseo.

Durante años había buscado a esa mujer hasta llegar al convencimiento de que ella solo existía en mis cavilaciones y ahora la tenía frente a mí, real, perfecta, mas no engendrada por mí sino por una fuerza mayor y desconocida. Ahí estaba ella invitándome al amor somático, y al sublime; y yo, a su lado, amándola clandestinamente como la había amado desde siempre en mis sueños. Debí haberme contentado con los adarmes del sino, pero el amor, aun el más cobarde, busca siempre su realización.

Se lo dije en un arrebato:

—Necesito verte fuera de aquí —le rogué, estrechándola fuerte contra mi pecho.

—¡No! —exclamó Astarté desfavorida, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Por favor, no me pidas eso!

—¿Por qué no? Te amo, Astarté...

—No, no me pidas eso, por favor...

—Pero, ¿por qué?

—No puedo explicártelo. No lo entenderías.

—¿Existe acaso otro? ¡Dímelo!

—No, no... no puedo darte explicaciones. No lo entenderías.

—¿No entendería qué? ¡Por dios! —grité, sacudiéndola con insistencia.

—¡Que no puedo salir de aquí!

Aprovechó un descuido de mi parte para zafarse y correr hacia el depósito, envuelta en llanto. Yo corrí tras ella. Perdí en la oscuridad mohosa del cuarto anduve tanteando entre los librereros y los muebles, tratando de hallarla. A mis espaldas sentí cerrarse la puerta de pronto. Me abalancé hacia ella. Traté de abrirla con violencia; grité, estrellando mis puños contra la madera, mas fue inútil: no cedió. Yo seguí golpeando y gritando hasta que llegó el de la Oficina:

—¿Quién miércoles le dijo que *dentre*? —gruñó enfadado.

—Escuché ruidos extraños —alegué.

—Oiga, míster —sentenció entonces, lapidario—. Usté está aquí pa' investigar historia, no crímenes ni cuentos de fantasmas. Así que déjese de armar escándalo si no quiere que le quitemos el permiso.

Salí confundido. Ya en casa, no logré conciliar el sueño. Algo se había quebrado entre nosotros y podía intuir que Astarté no estaría al día siguiente esperándome. “¿Cómo haría para encontrarla?”, me pregunté. Contrario a lo que se cree, un hombre enamorado puede llegar a pensar más detenida y sistemáticamente que un hombre en estado normal. Repetí en mi mente una y otra vez nuestro último diálogo. Una frase me martilleaba en la cabeza. Ella había dicho: “No puedo salir de aquí”. ¿Qué había querido decir con ello? ¿Que se encontraba enclaustrada en algún lugar de la Biblioteca? Y si así era, ¿dónde? Las bibliotecas tienen guardianía, recordé. ¿Sería posible que una mujer como ella fuese la hija de un simple guardián? Imposible. Aunque, por otro lado, pensé, ¿qué podría hacer una persona crecida en una biblioteca sino leer, culti-

varse? Imaginé una pequeña Astarté recorriendo diariamente las salas de la Biblioteca para, como el patito feo, convertirse, con el tiempo, en la hermosa y sabia mujer que ahora era. Sí, sí era posible. ¿No era acaso su nombre ya un indicio de unos padres ignorantes capaces de darles nombres tan atroces a sus hijos como Cirilo, Consagración o Primitivo? Una mujer así debía avergonzarse de un origen humilde. Y ese debía ser el motivo de su extraña desaparición.

Volví a la Biblioteca. No demoré en hallar la choza del guardián y su familia. Estuve todo el día espíándolos hasta que me abordó nuevamente el tipo de la oficina:

—¿Qué hace aquí? ¿Se le acabaron los libros allá arriba?
—refunfuñó al verme.

—Oiga —requerí, desesperado—. Tiene que ayudarme.

—¿Qué le pasa, míster?

—Dígame una cosa. Le pagaré si quiere...

—¿Qué cosa?... ¿qué le pasa?

—Dígame..., el guardián ese, ¿tiene una hija?

—Sí, ¿por qué le interesa tanto el guardián? ¿Es usted policía o qué? Lo he estado observando y se la ha pasao vigiando la casa del cholo todo el santo día.

—No, no soy policía. Pero..., dígame,... ¿tiene marido la hija?

—No sea depravado, oiga: es una niña.

—¡No puede ser! —grité, alterado, tomándolo de la solapa—. ¿Y la mujer que me ha estado acompañando todo este tiempo en la oficina? ¿Usted sabe quién es? ¿La conoce?

—Yo creo que está loco, amigo. El único que ha pisao la Oficina todo este tiempo ha sido usted —me dijo, soltándose con violencia.

Me quedé paralizado. Pedí disculpas mientras explicaba atropelladamente mis encuentros con Astarté y nuestro altercado. El hombre me miró con pena, como si no lograra entenderme:

—Mire, maestrizo —me dijo luego—. Usted está joven pa' meterse en líos. Mujeres sobran. Esa que dice, se lo juro, no ha pisao la oficina. Nadie entra en la oficina sin mi aprobación; y le aseguro: usted es el único que ha pisao ese cuchitril en los últimos dos años.

Nos miramos desconcertados. Él sacó un pañuelo y se secó el sudor en la nuca mientras movía la cabeza de un lado a otro:

—¡Qué jodienda! —canturreó, como hablando consigo mismo—. Años y años aburriéndome, esperando una visita en la oficina y el primero que me llega es un chiflao. No es justo...

—Le juro que no miento —insistí—. He hablado con ella; la he tocado...

—Lo siento, doctor, no puedo ayudarlo. Lo único que se me ocurre es que se fije en el registro de personal. A lo mejor es una pendeja que le está calentando los huevos... Esteeeee... con perdoncito... ¿no?

El personal... ¿Cómo no había pensado en ello? Astarté trabajaba en la Biblioteca. Un marido celoso tal vez la atormentaba y dudaba entre la traición a las convenciones o el ser feliz. Corrí a la Dirección de Personal. Un joven cabeceaba jugando solitario sobre un caos de papeles. Lo abordé de inmediato:

—Busco a una persona que supuestamente trabaja aquí —le dije, depositando un billete de cien soles sobre el escritorio—. Le advierto: solo sé su nombre.

Le expliqué los pormenores. El joven pareció escuchar con atención:

—Por una propina como esa —me dijo luego tomando el billete—, le busco, si quiere, al Cholo Sotil de cantina en cantina. ¿Cómo se llama la persona?

—Astarté —contesté.

—¿Astarté? —preguntó y el asombro agrandó sus ojos.

—Sí, ¿por qué? ¿Sucede algo?

—He oído ese nombre antes, pero... ¿dónde? Espere... espere, déjeme recordar.

El esfuerzo se dibujó en su rostro. Había entrejuntado las cejas como cuando uno escucha algo incomprensible, dándole una expresión algo idiota. Lentamente una sonrisa fue formando una curva en sus labios; me miró:

—Lo tengo —aseguró, apretando el billete entre sus dedos—. Astarté o Astoret... Sí. ¡Claro! ¡La Religión en el Mundo Antiguo! —gritó—. Llevé el curso el verano pasado.

—¿De qué está hablando? No entiendo nada...

—Espere, vuelvo enseguida.

Salió del cuarto corriendo. Sus pasos resonaron en los pasillos de la Biblioteca rompiendo el pesado silencio de las salas. Pude sentir sus pisadas trepando la escalera a grandes saltos. Después: silencio nuevamente. Las pisadas volvieron a resonar en la escalera y los pasillos. El joven llegó fatigado. Portaba un empastado oscuro con letras doradas en el lomo.

—Lo tengo —repitió mostrándome el libro.

Colocó el libro sobre los naipes; lo abrió, lo trajo un tanto:

—Asmodeo, Asoka, Asperges, Aspersión, Assur —leyó en voz alta arrastrando el índice sobre los nombres grabados en la parte izquierda de la página—: Astarté. Aquí. Lea...

Me alcanzó el volumen:

—“Astarté —leí—: Diosa de los antiguos fenicios y cananeos, llamada también *Asbera*, la feliz o simplemente la afortunada, *Astoret* o *Ishtar*. Era la diosa de la fertilidad y la reproducción, y aparece generalmente en compañía de Baal, que representaba el poder generador. Su culto era notoriamente libertino, había prostitutas sagradas en sus templos y sus imágenes tenían un marcado carácter erótico”.

Anonadado, aparté el libro:

—¿Quiere decir que he estado platicando todo este tiempo con una diosa fenicia? —le pregunté sin percatarme de la estupidez que decía.

El joven rió:

—Quiere decir que le han estado tomando el pelo, amigo. Astarté no es el nombre de la mujer que busca. Le mintió. Hay mujeres a las que les gusta jugar a los acertijos. Para resolverlos, la menor palabra se vuelve relevante. Pero nosotros somos demasiado tontos como para entender la picardía de las mujeres.

Se interrumpió como si alguna preocupación importante lo asaltara intempestivamente y, tras vacilar unos segundos, me preguntó a bocajarro:

—¿Puedo conservar los cien soles?

Regresé a casa más desconcertado aún. Había perdido la única huella para localizarla. Toda la noche di vueltas al asunto hasta que una nueva rendija de luz iluminó mi desvelo. “No puedo salir de aquí”, me había dicho. Yo estaba seguro de que

ahí se escondía la pista que habría de conducirme nuevamente a ella. Medité largo rato. El verbo “Poder” sujeto a una negación, evidencia prohibición, encierro. Yo había agotado las posibilidades de un potencial encierro en la Biblioteca, salvo que la mujer que buscaba se encontrara atrapada en los renglones de uno de los de libros que conformaban la oficina. Mi hipótesis no era del todo descabellada. Existen encantamientos que condenan a las personas a vivir en piedras, o en cuevas y hasta en botellas. ¿No era posible entonces condenar a una persona encerrándola en un escrito? Decidí reiniciar la búsqueda.

La mañana siguiente devoré los ficheros de la oficina. Ningún título me sugirió alguna esperanza. Ramírez me presionaba, pues yo había descuidado nuestras citas y el plazo de entrega se acababa. Dos meses después de lo convenido logré poner el *Tratado...* en manos del decano, tras haber fichado —*jad bonorem!*— la ruma de manuscritos que se apolillaban en el depósito. En uno de esos anaqueles di con el siguiente legajo: BN13543, Anónimo, de Idolatrías-Huacho. Se me paralizó el corazón al ver la caligrafía: era la misma del manuscrito de nuestro primer encuentro. Lo analicé detenidamente. Se trataba de una minuciosa relación de las huacas⁴ y las supersticiones de los indios de Huacho en el siglo XVI. Gracias a un pequeño fragmento hube de encontrar la clave que desenrañaba el misterio de mi desgracia. Reproduzco dicho fragmento a continuación:

Cuentan también los naturales desta sobre una muger la qual habíasse negado a los requerimentos amorossos de un muy temido hechigero en toda la comarca. Y dizen

4 *Huacas*: adoratorios en el Perú prehispánico.

además queste hechiçero encantó a la dha muger mediante grauisimos malefiçios; y que vióse assí la muger condenada a ser soñada por quantos carentes de hembra se hallazen, priuándole assí del descanso eterno como es afín a todos los mortales. Confiessan assimismo que la dha muger suele parecerse por las noches a los solitarios y a los viajeros, tomando la pariençia y los dones que éstos sus soñadores della se hazen...

Lo comprendí todo. Yo había creado a Astarté; soñándola, deseándola, la había ido formando a lo largo de los años con mis deseos y esperanzas; cada amante, cada mujer pasada por mi vida estaba presente en ella concibiéndola, vivificándola con sus atributos y sus formas; cada línea, cada milímetro de su cuerpo repetía otras líneas y otras formas ya recorridas por mis manos hasta convertirla en un ángel —como el de Rilke— capaz de suprimir las fronteras engañosas del tiempo y el espacio. La había convocado mi lúgubre estadía en la oficina y el tropiezo casual con alguna voz encantada. Una vez hallada la palabra, no sería difícil convocarla nuevamente. Busqué en mi libreta la entrada del diccionario que me había retenido la noche de su aparición. La hallé: era *rikcharispa muzcuy*. A la mañana siguiente corrí a la Oficina. Fue grande mi sorpresa cuando me di con que la voz no existía. Revisé los otros diccionarios: tampoco. Procuré no desesperarme, sin embargo. Sabía que la mitología indígena habría de proporcionarme la salida a mi infortunio. Consulté al doctor García Morante, mitólogo especialista en el Perú antiguo. Le expliqué el caso disfrazándolo de argumento para un cuento fantástico en el cual me había atrapado. García me recomendó revisar un mito de los cañaris⁵

5 *Cañaris*: grupo étnico contemporáneo de los incas que habitaba parte del actual Ecuador. La versión más antigua de dicho mito puede encon-

que podría aportarme algunas luces: dos jóvenes hermanos sobreviven un diluvio y construyen una pequeña choza en las alturas del cerro *Huacaynan*. Como las aguas cubrían la tierra, los jóvenes se ven obligados a deambular por las punas en busca de alimentos. Mas, mientras estos recorren cerros y valles, alguien prepara deliciosos manjares que deja en su choza para evitarles la hambruna. Movidos por la curiosidad, los jóvenes deciden espiar la casa. Así, uno de ellos descubre que sus benefactores eran dos guacamayos hembras, quienes, una vez llegadas a la choza, se convertían en dos hermosas doncellas. Tras un fallido intento por parte del hermano mayor, el menor logra atrapar a una de las doncellas y hacerla su mujer, con el consentimiento de los dioses, para fundar la generación de los cañaris. Yo no fundaría ninguna generación ni descendencia, solo recuperaría a la mujer que amaba y en eso los dioses debían estar de mi parte.

De nuevo me dirigí a la oficina, esta vez, minutos antes del cierre. Como el encargado se encontraba atareado en la musicoteca, aproveché para introducirme en el depósito y parapetarme entre los muebles atiborrados de documentos y polillas. Minutos después sentí los pasos del encargado llegando hasta la puerta del depósito. Dio un vistazo ligero y echó llave. Sobre la losa sus pisadas tomaron un eco ostentoso y, poco a poco, se fueron perdiendo hasta desaparecer tras el ruido seco del portón de la oficina. Respiré profundo: había logrado la primera parte de mi plan. Apoyé mis espaldas sobre las paredes húmedas entonces y mi cuerpo fue cediendo lentamente, postrándome en el piso. Cerré los ojos; el cansancio rápidamente derramó su cuerpo sobre el mío y yo me vi dormitando entre los trastos del depósito...

trarla el lector en la *Relación de fábulas y ritos de los incas* (¿1573?) del padre Cristóbal de Molina, el cusqueño.

Reaccioné incomodado por un reguero de luz que llegaba desde la sala de lectura. Me levanté y caminé hacia la puerta: una maraña de gente avanzaba en diversas direcciones, transformando el pequeño espacio de la sala en una plaza amplia y luminosa. De ella se desprendían ocho bocacalles que se introducían por los vericuetos de una ciudad alucinante. Me perdí por esas calles y, como si de pronto desaparecieran las barreras del tiempo, se develó ante mí un caudal de formas y seres quiméricos: vi *umas*⁶ trotando, brincando en busca de nuevos cuerpos; y viajeros de pesadas corazas y morriones sembrando la muerte; tropecé con ciegos vagabundos de cuyos labios se desprendían historias de encantos; y vi, cual una caravana interminable de ascetas, monstruosos seres arrastrando cadenas y miserias; y vi también, y oí, a los zorros, a los sapos y a las aves parlantes, y a las viejas cantoras entonando los desgarradores *harawis*⁷ bajo los portales tristes de Ayacucho, mi tierra natal. Y en medio de esa barahúnda, bajo un sol límpido y de rojos destellos, la vi a ella brillante y eterna, musical como un río acompasado.

—Oh mujer peligrosa —recité, avanzando hacia ella con los brazos extendidos—; Oh climas seductores, ¿podré conseguir del invierno, placeres más agudos que el hielo y el puñal?

Nos abrazamos. La sentí musitar y sus lágrimas humedecieron hasta los más recónditos rincones de mi alma:

—Ven, ven conmigo —murmuró ella y en su voz se desvanecieron los siglos que obstruían nuestro amor descalabrado.

6 *Uma*: cabeza. En la tradición popular el *uma* es la cabeza de un condenado que asalta a los viajeros solitarios para apoderarse de su cuerpo.

7 *Harawi*: canto indígena de origen prehispánico.

La seguí. Recorrimos extraños senderos hasta dejar atrás los extramuros de aquella ciudad sin tiempo. Lejos del mundo, de su mundo, la ribera del río nos dio cobijo. Y nos amamos como se aman los amantes después de un largo período de ausencias. Tras el amor, apoyé mi cabeza sobre sus senos desnudos:

—Quiero quedarme contigo —le supliqué, temiendo la despedida.

—Duerme, duerme ahora —me dijo ella y el mundo en sus brazos se pobló de transparencias y formas confusas.

En el sueño sus palabras retumbaron como el canto de los pájaros nocturnos de las alturas. Respiré una vez más la piel suave y callada del invierno y fui feliz, por primera vez...

Me despertaron las malas maneras del encargado. Prefiero ahorrarle al lector una escena para mí bochornosa. Gritos, insultos, pugilatos. Baste decir que en algún momento el energúmeno ese perdió el equilibrio y luego el sentido y yo tuve tiempo de buscar el legajo y en él, el folio donde se perpetuaba el encantamiento: me di con un espacio en blanco allí donde, días antes, había encontrado el fragmento. Sentí voces en los pasillos y tuve miedo. De alguna manera logré escapar sin ser visto. Pero, tras la fuga, llegó la incertidumbre, pues, con el apremio, no tuve tiempo de cerciorarme si había revisado el legajo correcto o no. (Es claro que, tras la trifulca, una visita a la Biblioteca habría sido más que imprudente.)

Ha pasado el tiempo. En las librerías de la ciudad de Lima el lector podrá encontrar la edición popular del *Tratado* de Ondegardo. Que mi nombre aparezca entre los agradecimientos se debe solo a una vulgar ironía de Ramírez para recordarme las dificultades con que obstruí repetidas veces su anhelada edición. Pero eso no importa. Lo esencial ahora es llegar al final de esta historia. Así que procedamos:

Es el invierno de 1989. Recorriendo las ajetreadas calles de Lima pienso en la realidad de mi país sacudido por la guerra. Como contraparte, mi realidad, no por inverosímil menos terrible, se reduce a un acertijo barato: amé a una mujer encantada; al poseerla la regresé a su condición humana y rompí el hechizo, devolviéndole la muerte que le había sido negada. Válgame ahora la moraleja: la felicidad no cabe en este mundo. Acaso exista en las alturas, en algún lugar tan lejano que se fusiona con el más allá. O tal vez sea que en tiempos de guerra hasta el amor se encuentra sellado por los flagelos de la pérdida y el dolor. ¡Qué más da! En medio de esta agonía me pregunto si quizá en algún mundo esa mujer me espere y aguarde de mí el sacrificio. De ser así, la muerte sería mi única esperanza. Sí, la muerte. Solo ella podría conducirme a ese lugar remoto e inmaterial donde se impacienta mi amada. O depararme el olvido. ¿Cómo preterir si no su voz sibilina, sus ojos centelleantes, sus senos y el sexo, fresco y cálido como el olor de sus axilas?

No obstante, ni una ni otra salida me están reservadas. Un impedimento insuperable me aleja una vez más de mi mujer soñada. No es que me falte el dinero para el arma. Aquello se resuelve. Se trata de algo más pusilánime: ¡Me falta el coraje!